

El Motín

AÑO XXVIII

Jueves 5 de Noviembre de 1908

Núm. 6

SEMANARIO POLÍTICO

Se publica los jueves

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: 1,50 pías. trimestre; Año, 5.—PROVINCIALES: 1,50 trimestre; Año, 5.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO: Año, 10.

PAGO ADELANTADO

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS

Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.
Redacción y Administración, Alberto Aguilera, 34

A MIS LECTORES

Dije en el primer número de esta segunda época de El Motín, que si no se costeara, ó se costeara con apuros, lo mataría. Como el éxito ha sido el que no esperaba, y yo no trato de crearme una fortuna con él, lo agrando.

Mi objeto, al reanudar su publicación, fué, en primer término, combatir al clericalismo, causa principalísima de los males que sufre España; y en segundo, contribuir á levantar el espíritu republicano, hoy tan decaído, excepto en Barcelona, Valencia, Coruña y alguna otra población. Para lograr esto, lo segundo, apunté en el número tercero una idea que hasta ahora no ha encontrado eco: la de que cada provincia nombrara un representante, y los 49 se reunieran, propusieran, discutieran y acordaran. En cambio lo primero ha resultado mejor que pensé: los clericales han caído sobre mí con una furia que me regocija y enorgullece, mientras los anticlericales me felicitan, me aplauden y me envían, los unos escritos que no puedo insertar por falta de espacio, los otros quejas de que no puedo ocuparme.

Esto me obliga á agrandar El Motín, con lo cual justificaré lo crecido del precio, me pondré en mejores condiciones de lucha, complaceré á los amigos que me envíen trabajos publicables y reproduciré los más notables que inserte la prensa anticlerical. Y si hoy la jauría ladra desesperada, ¿qué no ocurrirá cuando cada número sea la expresión fiel de lo que piensan los anticlericales españoles, la trinchera inexpugnable desde la cual disparen contra ellos?

Afortunadamente aquella especie de cordón jesuítico impuesto á El Motín se ha roto, si no en todas partes, en muchas. Hoy llega á poblaciones donde nunca entró y lo leen personas que jamás lo leyeron. Esto significa un despertar de la opinión anticlerical, que es necesario halagar, fomentar y servir, frente á ese delirio propagandista de los clericales, esos Congresos donde hasta los obispos se desatan contra la prensa liberal, esa persecución contra los hombres que no se les someten por completo.

Y para halagar, servir y fomentar esa opinión, hasta hoy cohibida ó amortiguada, y ensancharla y robustecerla, en breve publicaré El Motín en doble tamaño que ahora. Esto duplicará para mí el trabajo y mermará el provecho; mas como nunca pensé en éste ni rehúí aquél, resultará que sigo como siempre.

Mas no se crea por esto que mis miras son desinteresadas, no. Tengo yo mi ambición como cualquiera, y más grande que la generalidad.

Y esa mi ambición consiste, en que nadie haya hecho ni haga tanto como yo, dentro del terreno en que me desenvuelvo, para combatir el clericalismo, causa de todo atraso, toda ruina y toda vergüenza en España. Es desmedida esta ambición, lo sé; pero la tengo.

Hubiera podido, ¿quién lo duda? callarme todo esto, y seguir publicando el periódico en la forma que está, guardándome lo que produjera y ahorrándome trabajo; pero no habría vivido satisfecho de mí; y como esto es lo que siempre he procurado, sin cuidarme de

los juicios que á los demás inspirase mi conducta, al variarla ahora escupiría sobre mi vida entera, acreditándome al par de necio. Si aquello, buscar dinero, es lo que debe hacerse en primer término, (y quizás tengan razón los que piensan así), ¿por qué haber aguantado á la vejez para ensayarlo? Y si no, ¿por qué hacerlo ahora?

Pero basta de charla, queridos lectores. El Motín duplica su tamaño, y esto es lo importante para ustedes, porque así no les sabrá á poco, como muchos me dicen. Y si solo, teniendo que resolver un problema para sacar cada número, hice durante tantos años lo que todos saben, ¿qué no intentaré hoy viéndome tan acompañado y alentado? Haré más de lo que pueda.

Porque ya El Motín no es el órgano de un solitario que hablaba sin ser apenas oído; es otra cosa: es un periódico de propaganda francamente anticlerical, que debe llegar á todas partes, buscar suscriptores en todas las poblaciones y corresponsales en aquéllas donde no los tenga; es, para decirlo de una vez, el clarín que llama al combate á cuantos desean que España se salve y se dignifique rascándose la lepra clerical.

Y para que esto que es ya El Motín, no pueda dejar de ser, ruego á mis lectores que continúen coadyuvando á la propaganda, que haré en todas las formas; no como antes, que aguardaba resignado á que el lector viniese por su propia iniciativa, sin tratar de buscarlo ni atraerlo. No, ahora lo buscaré y lo atraeré, convencido de que hago obra nacional.

Y creo que vendrán muchos. Si han venido 21.000 sin más que anunciar la salida, ¿cuántos no vendrán si mis lectores siguen solicitando el concurso de todos los buenos para luchar contra el enemigo común?

HAMBRE

Si oís á los higienistas, á los sociólogos, á los políticos, en su casi totalidad os dirán que los españoles andamos reñidos con la higiene privada y con la sanidad pública, y si les pedís pruebas, os dirán que por cada 1.000 habitantes mueren al año:

En Cristianía.....	13
Amberes.....	14
Amsterdam.....	14
Buenos Aires.....	14
Copenhague.....	15
Londres.....	15
Bruselas.....	16
París.....	17
Viena.....	18
Madrid.....	28

Pero...

El kilogramo de carne, de tocino, de pan, de legumbres secas, de patatas, de azúcar y de café, el litro de petróleo y el kilogramo de grasas ó el litro de aceite cuestan en junto:

En Buenos Aires.....	8,49 pesetas.
Amberes.....	9,28 —
Amsterdam.....	9,65 —
Copenhague.....	9,78 —
Londres.....	9,95 —
Cristianía.....	10,71 —
Viena.....	12,22 —
París.....	13,30 —
Madrid.....	18,70 —

Y un obrero albañil ó carpintero gana:

En Buenos Aires.....	12,00 pesetas.
Londres.....	7,50 —
París.....	6,50 —
Amsterdam.....	5,88 —
Viena.....	4,94 —
Amberes.....	4,75 —
Bruselas.....	4,25 —
Cristianía.....	4,17 —
Copenhague.....	4,10 —
Madrid.....	3,25 —

Lo cual quiere decir, que si reducimos á 100 el valor de un mismo género de alimentación, el precio será:

En Buenos Aires.....	75
Amberes.....	82
Amsterdam.....	85
Copenhague.....	87
Londres.....	88
Bruselas.....	94

Cristianía.....	95
Viena.....	109
París.....	118
Madrid.....	166

Practicando idéntica operación con los salarios, tendremos:

En Buenos Aires.....	207
Londres.....	131
París.....	117
Amsterdam.....	102
Viena.....	86
Amberes.....	82
Bruselas.....	78
Cristianía.....	72
Copenhague.....	71
Madrid.....	56

Si concretamos más y reducimos á una cifra común la mortalidad, el costo de la alimentación y el salario, excluido Madrid, hallaremos lo siguiente:

Mortalidad media.....	15
Costo de las sustancias citadas.....	9,26
Salario.....	6

Siendo estas cifras para Madrid:

Mortalidad.....	28
Costo de las sustancias citadas.....	18,70
Salario.....	3,25

Es decir, que sin contar para nada con la higiene ni la sanidad, las condiciones de la vida son en Madrid un 92 por 100 peores.

Yo pongo sobre mi cabeza cuanto escriben y dicen los higienistas, sociólogos y políticos, pero en vista de los datos anteriores y de otros que no vienen hoy á cuento, afirmo rotunda y categóricamente que en Madrid, en España, muere la gente de hambre, de hambre y de hambre.

Y conste que me agradaría—y no por vanidad—que los profesionales citados me otorgasen beligerancia y se dignasen discutir conmigo, y más aún me gustaría que me convencieran de que estoy en un error.

J. J. MORATO

ESTILO TRAGICO

Yo comprendo que entre cierta parte del público producirían más efecto mis escritos, si al tratar de cosas y personas (hasta cierto punto) eclesiásticas, lo hiciera siempre en tono tremebundo, y más si les aplicara á menudo los epítetos emparentados con los de infame y canalla.

Mas á pesar de comprenderlo, y de saber que les cuadran esos calificativos, no quiero emplearlos. Es más; la mayor parte de las veces no podría.

Y no podría, porque de tal modo veo cuanto se relaciona con la Iglesia, que solamente en la sátira y el chiste hallo palabras para combatirla; salvo alguna rara vez que la indignación se me impone y me ordena imperiosamente obedecerla.

Y hablo de esto, para que no se molesten los amigos que me envían escritos en el estilo que yo no empleo, pues, aun gustándome, no he de publicarlos sino en casos muy excepcionales. Convencido de que á las gentes de Iglesia les agrada que la traten de ese modo mejor que en broma, porque así puede echársela de víctima, no les doy ese gusto. No me parece mal que lo hagan otros, mas yo no quiero hacerlo.

Agradecería que los que me envían artículos no olvidasen esta advertencia.

Por deber y por dignidad

Todo cura y todo fraile que se permite atacar á la Iglesia ó difamarla, es arrojado de su seno. Y no me parece mal; el que quiera conservar su independencia de juicio, no debe someterse á un dogma.

Todo militar que fustiga al Ejército, es castigado, hasta con la expulsión en ocasiones. Y me parece bien; el que se somete á una disciplina no tiene derecho á quebrantarla; y si lo hace, por razones que pueden ser hasta patrióticas, queda expuesto á ser fusilado, preso ó expulsado.

Y lo que digo de estas dos instituciones, lo amplío á todos los organismos de que la sociedad se compone.

Aunque no, á todos no. Hay uno que obra de modo distinto: la Asociación de la Prensa.

Los periodistas clericales forman parte de ella; en sus periódicos, en sus discursos, en sus Asambleas nos ponen de infames y de canallas á los liberales que no hay por don-

de cogernos; no hay vicio que no nos atribuyan, mala acción de que no nos crean capaces, ni calumnia de que no nos hagan blanco. ¡Y nosotros tan mansos, tan tolerantes, conviviendo con ellos en la Asociación de la Prensa!

Si no tomamos pronto la determinación de expulsarlos, dentro del Reglamento si puede ser, saltando por encima del Reglamento si no lo permite, estaríamos en indignidad á la altura de ellos, lo que sería llegar al límite de la indignidad.

Porque si indignos son los que, cual ellos, se codean con gentes á quienes juzgan indignas, no lo son menos aquellos que no los apartan de su lado.

Hay, por lo tanto, que pensar seriamente en arrojar de la Asociación de la Prensa á los clericales; si creen que somos lo que dicen, porque no anden en malas compañías; y si no lo creen y lo propalan, por farsantes y embusteros.

FRAILES Y MONJAS

O EL ETERNO FEMENINO CLAUSTRAL

El cristianismo se condenó del todo á perpetuo divorcio con las sociedades humanas en el momento que, lejos de rechazar á los cobardes anacoretas, venidos á poblado y comunidad con las gentes cuando ya no había en ello peligro, los admitió, legalizó su estado de separación del mundo sin dejar de vivir dentro de él, y además aceptó sus extraños é inhumanos ideales.

La síntesis del fraile no es otra que ésta: exceso de religión hasta el más extremado fanatismo, odio á la naturaleza, y por ende al amor, á la familia, á la vida, á la sociedad humana.

Algo de esto se había ya asimilado el cristianismo, tomándolo de las sectas neoplatónicas y de los gnósticos; pero las ideas de unas y otros, en quienes más arraigaron fué en los solitarios y monjes, quienes desde el desierto las comunicaron á las iglesias cristianas. «Mientras aquí vivimos engolfados en las vanidades del mundo, esos hombres esforzados nos arrebatan el cielo», decía San Agustín, aludiendo á los monjes; pero guardándose muy mucho de salir de este mundo caminito del desierto.

Una vez aceptados en calidad de santos de oficio, un oficio muy fácil y socorrido, empezaron á influir en el gobierno de la religión, en la política y en el seno de la familia, que execraban tanto; mas no eran sacerdotes sino muy pocos de entre ellos. El monaquismo había sido laico siempre; se admitía en las soledades y sus monasterios á los sacerdotes, sin tener en cuenta su estado, que allí no les daba preeminencia alguna ni le necesitaban tampoco. Lector creyente, no te asombres; los anacoretas ni ofan misa, ni recibían sacramentos, ni confesaban, y morían sin confesión y sin comunión; sus ritos eran orar, leer—los que sabían—y mortificarse en lugares escondidos; lo demás lo tenían, y no iban descaminados, como cosa supérflua.

Esto no lo afirmo yo, lo puede ver cualquiera en las vidas de los santos que trae el Año Cristiano, y bien claro ¿eh?

Metiditos ya en el mundo, vieron los monjes que el sacerdocio significaba mucho entre las gentes. ¿Si? Hagámonos sacerdotes; acaparemos esa dignidad. Y la acaparon. Los necios de los obispos ordenaron con preferencia monjes y más monjes, al extremo de que no tardaron en superar en número á los sacerdotes educados en sus casas.

Hubo un tiempo en que los obispos, los patriarcas y los papas de Roma salían casi exclusivamente de los monasterios y de ellos sacaban á otros para conferirles las más altas dignidades. En los conebios y en la corte de los emperadores, los monjes eran los que dominaban por el número y por el influjo; el sacerdote llegó á temerles; se impusieron, infiltraron sus ideas en la teocracia, la hicieron conventual; los cabildos de los obispos se claustraron, la Iglesia se hizo monástica; el cristianismo era ya otro á los cinco siglos; Cristo, si levantara la cabeza, no lo habría reconocido por obra suya.

Si antes el orden sacerdotal no era necesario ni de rigor para el monacato, ahora casi no era nada sin él. Léanse las vidas de los grandes obispos como San Teófilo, San Cipriano, San Atanasio, San Crisóstomo, y de los sacerdotes ilustres San Jerónimo, San Luciano y tantos otros; todos pasaron su juventud en algún cenobio ó haciendo vida eremítica por mucho tiempo.

«Bien; ya somos sacerdotes, se dijeron los monjes en los albores de su dominio, pero nos encontramos lo mismo que los primeros habitantes de Roma: no tenemos mujeres. Los sacerdotes del siglo viven con ellas; á nosotros nos faltan. ¡Oh la mujer! ¿Qué es

la vida sin ella? Bueno que en público la exorcemos, esto viste; es más, nos acredita cerca de ella, tanta es su carencia de sentido común; triste cosa que la disfruten esos sacerdotes mundanos y casados ¡qué asco!, mientras nosotros, los santos de profesión, carecemos de sus servicios. ¿Qué hacer?

Se estableció el monacato femenino. El clero tenía sus diaconisas para uso interno; los obispos gobernaban los virreinos o retiros de las vírgenes que servían en las iglesias y otras asociaciones de viudas; ¡ah las viuditas! ¡qué sabrosas! Los frailes dieron el paso que faltaba y tuvieron mujeres, tantas y tan buenas, que cada escándalo que daban ellas con ellos y ellos con ellas, hacía temblar... de envidia al sacerdocio secular en masa.

Toda la legislación canónica y civil de unos cuantos siglos está llena de prohibiciones contra los abusos de los monasterios. ¡Que si quieres! El monje y la monja se hicieron inseparables. Donde se erigía un convento de machos, no tardaba en surgir otro de hembras muy cerquita, mucho. No bastaba eso, y se crearon las famosas abadías mixtas, donde habitaban mezclados centenares de hombres con otras tantas o más filoteas, ya bajo la dirección de un abad, ya de una abadesa, ya alternativamente, un año ésta y otro aquél; ¡era delicioso! ¡Qué tiempos de pureza y de castidad!

Allí, en los conventos, se refugiaba la existencia pura, huyendo de la asquerosa e inmoral familia cristiana, formada por el sacramento carnal del matrimonio. El clero dio los más altos ejemplos de pudicia; uno sólo citaré aquí, el de aquel famoso abad que para probar su dominio sobre las pasiones solía dormir con dos monjas, una a cada lado, sin detrimento de su virginal pureza, la de él por lo menos, según decían ellas.

Todo fundador de conventos que no era un ramplón, elegía su compañera fundadora. San Jerónimo tuvo su Santa Paula, San Benito, que aborrecía a las mujeres, pero gustaba de los jóvenes guapos como San Plácido, tuvo a su hermana Santa Escolástica. Esta bella costumbre no cesó ya en adelante. San Francisco fundó con Santa Clara, Santa Teresa con San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales con Santa Juana de Chantal, y así una larga lista de parejitas monásticas a cual más edificantes.

Hoy mismo se puede ver: ¿qué convento fraillero de Madrid no tiene cerca otro u otros de monjas y viceversa? Frente a San Antón las recogidas; los paules están rodeados de conventos de mujeres; los escolapios de San Fernando viven al lado de las Hermanas de la Caridad y cerquita de las Catalinas; los franciscanos de San Fermín frente a las hermanas de San Mauro y a otras de San Noseduén; así todo Madrid y toda España; y con unos detalles... Pero el papel se acaba y quedan para otro día.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Mi grano de arena

Copio de España Nueva:

«Corren rumores de que el Sr. Millán Astray, convencido de sus insuficiencias y de sus fracasos continuos como polizonte, harto de murmurar del marqués del Vadillo y de su colaborador el coronel Elías, ha vuelto los ojos a su antiguo cargo de director de la Cárcel Modelo, pidiendo ahora la soledad de su celda, para llorar como cualquier Boabdil todas sus impopularidades y tropiezos.

Millán, apoyándose en la última evasión acaecida en la Cárcel Modelo, trabaja cerca del marqués de Figueroa, ayudado por algunos envidiosos influyentes del Cuerpo de Penales, para que se obligue al maestro Salillas a que presente su dimisión y pueda de este modo reingresar de nuevo el laborioso gallego.

Si llegara el caso de confirmarse todos estos rumores, nosotros, el día de la toma de posesión del Sr. Millán haríamos un documentado relato de la gestión que éste hizo en la primera era de su cargo. ¡Y verán ustedes lo mal que quedó siempre el Sr. Astray!

Cuente para aquel día el querido colega con mi cooperación.

Por humanidad y por justicia no debe volver el Sr. Millán a desempeñar ningún cargo en el Cuerpo de Penales.

Si hay alguien que se empeñe en que vuelva, ya lo demostraré.

Si no sirve para policía (como realmente no sirve) que se retire con el sueldo que por clasificación le corresponda. Y no digo con los remordimientos, por si él cree que esa palabra no va a encontrar buena acogida en su conciencia.

El cerco de Bilbao

Leo en un periódico de aquella villa:

«Con motivo del cuarto aniversario del fallecimiento del Sr. D. Evaristo de Elizalde é Inchaurre, las misas que se celebren mañana jueves 22 del corriente en las iglesias parroquiales del Señor Santiago, San Antonio Abad, Santos Juanes, San Nicolás de Bari, San Vicente Mártir, San Francisco de Asís, así como las que se celebren en los

Reales Padres Jesuitas de la Residencia, Agustinos y Escolapios del Ensanche, Corazón de María de San Francisco, Capuchinos de Basurto, Colegio del Sagrado Corazón de la Gran Vía, convento de la Concepción, Convento de las Mercedes, Convento de Dominicas de la Encarnación, Convento de Agustinas de la Esperanza, Convento de Franciscanas Calatravas de las Calzadas, Colegio de la Cruz de la Ronda, Convento de las Escalvas en el Campo Volantín, Servicio Doméstico de la calle Fontecha, Siervas de Jesús de Bilbao, Convento de la Esperanza de la Alameda de Mazarredo, y en las Capillas del Santo Hospital civil, Santa Casa de Misericordia, Hermanitas de los Pobres, Casa de Expósitos de Bilbao y Cementerio de Vista Alegre, serán aplicadas en sufragio del alma del finado.»

Admiremos en esa noticia tres cosas:

1.ª La mediana opinión que tenían del difunto sus allegados, cuando creen que está en el Purgatorio y que necesita todo ese chaparrón de misas para salir, a pesar de haberle dicho tantas durante cuatro años.

2.ª Lo que le hubiera ocurrido al alma de ese pobre señor si no llega a dejar tanto dinero para pagar su rescate del Purgatorio; lo cual contradice aquello de la Biblia de que los ricos entran difícilmente en el cielo. Y

3.ª Lo terriblemente cercados que están los bilbaínos por los enemigos a quienes vencieron dos veces en el pasado siglo, cosa que podríamos preocuparnos, si no viésemos frente a ellos a una juventud que, llegado el caso, hará honor al abolengo liberal de Bilbao, y barrerá toda esa basura con la escoba que la dignidad pone en manos de los pueblos cuando suena la hora de las grandes justicias.

Inmoralidad clerical

Cuando habla la historia, cuando hablan nuestros poetas más ilustres, cuando habla el pueblo representado en Cortes, el escritor se retira modestamente a un último término, limitándose a rogar a sus conciudadanos que presten oído a esas entidades dignas de respeto y veneración.

¡Triste privilegio el de Felipe III! Nadie con más tenacidad persiguió un objeto; nadie tampoco más inútilmente. Si unos años después de morir hubiese levantado la cabeza, habría visto de cuán poco sirve la voluntad de un hombre en contra de la ley. Quiso este monarca robustecer el poder real para que resistiera el embate de los siglos, y la monarquía salió casi deshecha de sus reales manos; se empeñó en tener un clero honrado (de cierta manera), y sobre todo sumiso al trono, y el clero se dio a toda clase de vicios y desórdenes, bajo los cuales el trono perdió su prestigio y la patria su fuerza. Carlos II es una consecuencia de Felipe II. Olvidaba o no sabía este rey que sólo momentáneamente se puede sujetar un pueblo a un hombre. Este fué el error grandísimo del odiado monarca: oprimiendo a España bajo aquella mano de hierro que hacía temblar dos mundos, la sujetó, pero la estrujó.

El pueblo español, que siempre habló con muy honrada franqueza a sus reyes, aun a Felipe II, a quien no se abrevian a mirar sus cortesanos, clamó en diferentes ocasiones contra la inmoralidad de los clérigos.

Ya en las primeras Cortes que hubo en tiempo de este rey se pedía «que los frailes que iban a visitar los monasterios de monjas no pudiesen entrar en ellos, sino que hiciesen la visita desde fuera y por la red, aunque fuesen generales, provinciales o vicarios, pudiendo entrar solamente un fraile anciano cuando hubiera que renovar el Santísimo Sacramento, porque así conviene al servicio de Dios y decencia de los unos y los otros». Ya se había pedido cosa semejante en las Cortes de Valladolid de 1537 y 1552, y la petición se reprodujo más adelante en Madrid y Córdoba, lo cual indica la inutilidad del correctivo, si se aplicó.

Algo debió intentarse, porque el rey impetró un breve pontificio para reducir a la estrecha observancia de sus reglas a las comunidades religiosas. Las monjas y beatas que se cuidaban muy poco del recato y la honestidad, escandalizando a las almas temerosas, se vieron obligadas, en virtud del breve, aunque por poco tiempo, a ser menos andariegas y más recatadas. Creyó el buen monarca haber refrenado la vagancia de los franciscanos, y propuso al Pontífice las medidas convenientes para el remedio de los abusos y desórdenes que habían corrompido la antigua moral del claustro.

Accedió el Pontífice, aunque sirvió de poco, según resulta de las denuncias que el pueblo hizo en Cortes muchos años después. Algo de autoridad y fuerza debió quitar a los mandatos reales y pontificios ver que éstos no rezaban con la Orden de San Jerónimo, favorecida del rey, ni con la de Santo Domingo, a la que había pertenecido el Pontífice a la sazón reinante.

¿Qué tal serían ciertos religiosos, cuando el mismo Felipe II anhelaba la extinción de sus casas y hacía de ellos la siguiente pintura: «Estos son todos idiotas—decía,—sin letras ni doctrina, y no hay entre ellos predicador, ni aun púlpitos en algunas de sus casas, y allende de ser idiotas, son en las costumbres muy distraídos y de muy mal

ejemplo, pues ni guardan clausura, ni tienen modo ni forma de orden ni observancia alguna; y que esto es de manera, que no sólo de ellos no se recibe beneficio en el pueblo, antes mucho escándalo, que resulta en desautoridad de esta Orden, y aun disminuye y enflaquece el que se ha de tener con las otras.»

Pero si los frailes llegaban a este punto, las monjas no les iban en zaga. Como entonces quedaba en la sombra lo que al rey no convenía que el pueblo supiera, se ignoraba lo que sucedió en tres conventos de monjas que en Zamora había. Que fué grave no puede ponerse en tela de juicio, porque el mismo rey se interesó en el asunto, y escribió al corregidor de aquella ciudad, denunciándole que habían llegado a su noticia muchos excesos cometidos por religiosas, y que les pusiera remedio. El mal no se limitó a Zamora, sino que se propagó por toda la península.

Repugnaba el rey conceder una mitra a cierta dignidad de la iglesia primada de Toledo, y habiéndole preguntado su Consejo cuál era la causa de su repugnancia, respondió: «Si le hacemos obispo, ¿cuál de sus dos hijos heredará el obispado?»

Uno de los más corrompidos era el de Calahorra, donde había el asombroso número de diez y ocho mil clérigos, de muy mala conducta en su mayoría.

El historiador Cabrera atribuye el relajamiento de las costumbres entre estos clérigos a que la mayor parte se componía de beneficiados, sin más instrucción que algo de gramática latina, y cree que para corregir el mal no deberían darse prebendas sino a licenciados por Salamanca y Alcalá. ¡Pobre manera de discurrir! ¿Qué mayor causa de corrupción que diez y ocho mil frailes en la vagancia, y célibes, sin dejar de ser hombres por añadidura?... ARGOS

Rabaneras borrachas; eso y no otra cosa parecen los periódicos carlistas, integristas y mestizos.

¡Cómo se ponen! ¡Qué picardías se dicen! Y el caso es que, bien mirado, todos tienen razón. Por ellos parece haberse inventado lo de: le dijo la sartén al cazó.

Y todo esto cuando todavía no hay ni un ochavo a repartir de los tantas veces solicitados para la Buena Prensa por obispos, curas y frailes. ¿Qué no ocurrirá el día que haya algunos?

Aunque probablemente no los habrá. Las gentes católicas adineradas están abrumadas ya de socialistas, y no se corren así como así. Bueno es ganar el cielo, pero mejor vivir confortablemente en la Tierra.

Además, no creen que pueda ganarse el cielo manteniendo esa cáfila de desvergonzados que no sabrían ni agarrar la pluma si les prohibiesen emplear palabras gordas é insultantes.

Están verdes los ochavos, rabaneras, están verdes.

El cardenal Casañas

Ha muerto repentinamente. Si me hubiera ocurrido a mí, habría dicho la Buena Prensa que era castigo del cielo.

Como no pudo el hombre, por más que se trate de probar lo contrario, pertrecharse con los últimos sacramentos, sin los cuales no hay salvación, supongo que estará ya archivado en el Purgatorio.

No hubiera dado la noticia de su muerte (que supongo tendrá sin cuidado a mis lectores), si no fuera para lamentarme una vez más de que los periódicos liberales le hayan dedicado columnas enteras de alabanzas.

No es esa buena táctica, no. El silencio sí que lo es. Nada de lo que hagan ni digan, ni de lo que les pase a los clérigos, debería llegar al público por la prensa liberal. Con esto se contribuiría poderosamente a reventarlos, pues se les suprimiría las tres cuartas partes de la personalidad por lo menos.

Exceptuó, como es justo, aquellos casos en que conviniera condenar algunos de sus hechos. La imparcialidad ante todo.

Pingajos humanos

Hace poco compareció ante los tribunales de justicia de Bélgica una campesina que se había dejado seducir. Abandonada por el seductor, dió a luz en «La Maternidad», y como su hijo era no sólo el pregón de su deshonra, sino obstáculo insuperable para encontrar donde ganarse la vida, lo abandonó en un prado cerca de unos segadores, que le recogieron.

En la vista de su proceso narró su triste historia, y cuando, a punto de terminarse la vista, se la preguntó si tenía algo más que decir, el instinto maternal venció en ella y con voz temblorosa dijo:

—Sólo quiero que se me permita abrazar a mi hijo.

Y uno de los magistrados, con voz digna, severa, contestó:

—Su hijo de usted ha muerto. La desventurada cayó en el banquillo aho-

gada en lágrimas; un escalofrío de piedad sobrecogió a la concurrencia, y los sollozos de la campesina humedecieron los ojos de todos.

Sólo el tribunal permaneció impassible sin que tanto dolor alterase su calma augusta.

Deliberaron los magistrados, y a los pocos momentos—tan claro estaba el asunto,—el presidente, con voz entera é inflexible, hizo saber que la Sala condenaba a la culpable a un año de prisión.

Los gendarmes retiraron a aquel pingajo humano, sacudido por el dolor, por los sollozos, por las lágrimas, y los magistrados quedaron impassibles, esperando nuevos delinquentes en aquel estrado presidido por la imagen del Crucificado que perdonó a sus verdugos.

PARA EL MINISTRO DE HACIENDA

(1.ª)

—Muy respetable señor: Se propone usted, según ha dicho la Prensa, aliviar las cargas del Estado, dando un corte a la Deuda y a las Clases pasivas.

Me parece muy bien su objetivo, porque son los dos únicos capítulos del Presupuesto a que puede metérseles el diente con más impunidad. A los Tenedores, porque ya han trinchado por décima, y hasta por veintésima vez, el capital desembolsado, libre de todo tributo hasta hace muy pocos años. Y faltos de sólida razón, su defensa será débil.

Los pasivos sí; los pasivos chillarán; pero ni harán temblar las esteras, ni Dios los hará caso, porque vejatorios y chiquillos son molestos en todas partes. Y faltos de pulmón, sus gritos no pueden llegar al cielo. La defensa de los pasivos será, pues, pasiva. Pero ya que se tire de la cuerda, señor Besada, que se tire para todos.

Puede usted lucirse, dentro de la legalidad, añadiendo a los citados cortes estos otros cortes. Dice el artículo 38 del Concordato de 1851:

«CULTO Y CLERO

La dotación de culto y clero se cubrirá: 1.ª Con el producto de los bienes devueltos al clero por la ley de 1845.

2.ª Con el producto de Cruzada (bulas).

3.ª Con el importe de Encomiendas y de Maestrazgos vacantes, ó que vacaren, de las cuatro Ordenes militares. (Y he aquí un mentís a los que afirman que el título de cruzado es puramente honorífico.)

4.ª Con la renta perpetua por bienes desamortizados (Concordato adicional de 1859); y 5.ª Con un impuesto sobre la propiedad hasta cubrir lo que faltare.

El clero—continúa—cobrará por sí mismo su asignación en especies ó en dinero, mediante convenios individuales, parroquiales, municipales ó provinciales, prestándole el Estado el auxilio necesario.»

OMISIÓN INEXPLICABLE

Vemos, pues, señor ministro, las cantidades indeterminadas que han de restarse del total presupuesto de culto y clero. Pero se da el caso de no fijarse la cantidad total, que el Estado había de entregar para la salvación de su alma. Es decir, que se nos plantea una operación de restar, en la que sólo se nos da uno de sus términos, aunque indeterminado: el sustraendo. El minuendo, que pudo y debió ser conocido, se quedó en el tintero.

Se dijo entonces por algunos impíos, plaga que por fortuna se va extinguiendo, que el no señalarse por S. S. el total importe del culto y clero fué una maturranga del Vaticano, a fin de dejar la suma abierta para ir la aumentando, conforme lo permitiesen las circunstancias. ¡Pero qué! no hubo tal cosa, ni cabe en la mollera de ningún buen creyente, dada la religiosidad de las altas partes contratantes.

Lo que motivó la tal omisión, fué la prisa con que se llevaron las negociaciones, pues en asunto tan concienzudo, sólo se emplearon ocho años, que es un suspiro comparado con la eterna dicha que había de reportarnos a los españoles. Prueba al canto. El Sr. Pidal, que negoció el Santo Concordato que hace nuestra actual ventura, como ministro plenipotenciario de D.ª Isabel, fué agraciado por S. S. por los servicios que prestó al Vaticano. Y recibido con palmas en Madrid por su actividad y por los servicios prestados a España.

EN PAZ Y EN GRACIA DE DIOS

El 52, 53, y 54, cobró el clero por sí mismo su asignación en paz y en gracia de Dios, con indudables propinas. Lo que no se sabe es sobre qué base se hizo el reparto, puesto que no se había fijado en el Concordato el importe total del que habían de restarse las partidas indicadas en el artículo 38.

MATUTE

Estábamos en plena legalidad. Pero viene la vicalvarada y suben al poder los liberales y arman la milicia nacional con sus piramidales morriones, plumeros y charreteras a la francesa. Y el Himno de Riego atruena los espacios.

Y aquel gobierno impío, envidioso de ver al clero en contacto directo con el contribuyente, y cobrando su asignación con un 2 ó un 50 por 100 de propina, va y ¡zas!, se pas

por debajo de la pata el católico Concordato, y sin negociaciones, y sin decir *jagua val*, aunque sólo fuese por cortesía, mete de marte el presupuesto clerical en el presupuesto láico, mezclando así lo sagrado con lo he-reje.

CORTE POR LO SANO

Se encontró aquel gobierno con la dificultad de que no figuraba en el Concordato el total importe del tributo con que la nación había de contribuir para el sostenimiento del Ejército vaticanista que la ocupaba en concepto de protectorado. Y cortando por lo sano, fijó la cantidad á su capricho. Para el clero de la Península la fijó en

[200.000.000 DE REALES

distribuidos, como por mofa, entre todos los Ministerios.

Las provincias y municipios quedaron en libertad para contribuir por su parte á la salvación de sus almas, en proporción á sus pecados.

Y para mayor oprobio se hizo caso omiso de las cantidades á restar á que se refiere el artículo 38 citado. Es decir, que dichas cantidades se dejaron á S. S. como propina, como se hace con los mozos de café.

A las Colonias se les señaló en junto

35.000.000

Nada, una friolera todo ello. Los diputados católicos se levantaron á protestar, como un sólo hombre, contra el atropello cometido por el gobierno liberal, pero el *Himno de Riego* ahogó sus voces, y se levantó la sesión. Y hasta S. S. tuvo que resignarse. Y para justificar la impía ruptura del naciente Concordato, vivito y coleando, no falta quien asegura que todo aquello fué un pastel papi-leral. ¡Mentira, mentira y mentira!

¿Su Santidad chanchulleando con los liberales? ¡Nunca! ¡Primero moro!

MERCURIO.

La intención salva

El sacerdote más fervoroso propagador de los sindicatos católicos de la provincia de Reggio Emilia (Italia), fundador y administrador de uno de ellos, desapareció de pronto sin que hasta ahora se haya podido dar con él.

Escamados sus colegas en la dirección del Sindicato, abrieron la caja—que según los libros de cuentas no debería andar mal de liras—y la encontraron vacía.

Ahondaron más y supieron que el presbítero, si tenía la buena costumbre de hacer efectivos los ingresos, olvidaba realizar los pagos, y que además, y prevalido del crédito que le daban su fama y su condición de administrador, había «levantado» una mediana cantidad de empréstitos nada despreciables.

Ese hecho tiene gravedad ó no, según la situación con que se realizara.

Si ese sacerdote pensó en la vida eterna, ¿quién me asegura que no se agenció aquellas cantidades con el santo propósito de dejarles al morir unos millones de liras á curas y frailes, á fin de que le dijeran un montón de misas?

Si por la salud del cuerpo se toma todo, ¿qué no tomaría un creyente por la de su alma? Millones que tuviera á mano. No hay sacrificio grande para el que desea alcanzar la salvación eterna.

El otoño y Don Juan

Sí, es verdad que el otoño es la estación del año en que florecen las crisantemas, las rosas pálidas y las margaritas; pero no es menos cierto que ahora se pesca cada constipado que canta el credo.

Esos que dicen que prefieren el frío al calor, no saben lo que se pescan. Aunque no fuera más que pensando en los pobres deberían abominar del dichoso frío.

Calle usted, por Dios. Apenas llega Octubre, ya no se puede vivir por las mañanas y por las noches.

Los de mediana posición echan mano inmediatamente de abrigos y mantas.

Los de posición menos que mediana, se soplan los dedos y se fastidian.

Los que no tienen sobretodo que ponerse comienzan á decir que maldito si hace frío ni hace falta para nada abrigarse.

Los que no lo tienen más que muy grueso, afirman con el aire del más profundo convencimiento, que estamos en una sucursal de la Siberia.

Los que se acuestan temprano, tienen averiguado que solamente de noche hace daño la baja temperatura, y los trasnochadores han descubierto que de las doce en adelante se calma el viento y se pone la temperatura que es una delicia.

**

¿A que no saben ustedes lo peor que tiene el maldito otoño?

No se cansen en adivinarlo. El «Tenorio.» Quien dice Octubre, dice escena del sofá, y Doña Inés en hombros de Don Juan, y Brígida inverosímil, y Ciutti insoportable de puro gracioso.

La Festividad de todos los Santos y Don Juan Tenorio, resulta ya una fecha terrible. Y que otras cosas decaen y se borran; lo que es el Comendador de almidón y algodón en rama, cada año gusta más y da más dinero á los empresarios.

Con el aditamento de que precisamente los malos actores son los que interpretan mejor la obra de Zorrilla, porque gritan y cantan y se mueven como ardillas.

Los artistas que han querido humanizar, por decirlo así, la obra funeraria, la han echado á perder completamente.

No; aquello hay que declamarlo á gritos, y si no resulta imposible.

Hay que vestirlo fantásticamente, sin omitir el que Don Juan se vaya á la Hostería del Laurel, que no debía ser precisamente ningún palacio, con guantes blancos de cabritilla, traje de raso colorado con galones de oro, y zapatos como para bailar en la gran Opera de París.

**

El Comendador, si sabe cumplir con su obligación, ha de tener la voz de bajo profundo, unas cejas que casi le cubran los ojos, y unos pelos grises que no se hayan peinado en toda la vida.

Doña Brígida, por el contrario, ha de hablar con tono atiplado y gangoso, y en la escena de la carta hacer como que arrima la bujía hasta quemar las narices á Doña Inés.

No estará demás que ésta, como hizo ya alguna actriz, se ponga sobre el pecho un rosario de Lourdes, adelantándose dos siglos y medio á los acontecimientos, y sobre todo, no averigüe cómo es la cruz de Calatrava que ha de sacar en el hábito, porque tal averiguación rompería las tradiciones de las actrices que se ponen cruces fantásticas.

Conque, vamos con el otoño de este año y... Dios nos coja confesados.

X. X. X.

Un cura... cura

Han llegado también á España Nueva noticias referentes al ya famoso cura de Codosera (Badajoz). En el número del 30 de Octubre, dice:

«Hoy debemos añadir algo referente á dicho personaje, cuya conducta llegó á tal extremo, que los vecinos del pueblo presentaron en el obispado una denuncia suscrita por ellos, donde se le acusaba: de haber agredido á un vecino en el Juzgado; de un asunto ocurrido en el confesonario con la hija del teniente de Carabineros D. José Gómez; de intento de violación á dos niñas mientras dormían en su lecho durante la noche; de haber maltratado, de obra, al vecino Pilar Gómez en su propia casa, donde se introdujo sin permiso de su dueño durante la noche; de haber desenterrado un cadáver, que se enterró civilmente, con el pretexto de reconocimiento médico; de haberse agredido mutuamente en la taberna con el maestro de escuela; de que el padre no salía de las tabernas, donde pasaba la vida jugando, etc., etc.»

Con tal motivo, la aflicción del cura no tenía límites, y sus ruegos y súplicas llevaron á Badajoz á tres ó cuatro personas á declarar en su favor en el expediente á que dió lugar la denuncia.

Al leer esto, pierdo la esperanza de que ni el obispo de Badajoz ni el ministro de Gracia y Justicia tomen determinación alguna contra el cura ese; sería romper la tradición.

Un tonsurado á quien se le atribuyen hechos de esa especie, tiene merecida, por lo menos, la plaza de canónigo, y no me extrañaría que lo ascendieran. Hay que cuidar y mimar esos soberbios ejemplares de la fauna clerical, por si sobreviene otra guerra. Si en la paz se dedica á tan piadosas faenas ¿qué no haría al frente de una partida de lectores de la Buena Prensa? ¿Qué bodega no desocuparía al llegar á una población, qué niña dejaría como la encontrase, qué maestro saldría de sus manos sin desperfecto, qué liberal no fusilaría, qué cadáver no desahuciaría de su sepulcro, etc., etc., etc?

¡Oh desventurados vecinos de la Codosera! Resignaos con vuestra desgracia, ó pegaos un tiro. No os queda otro medio de libraros de ese representante de Dios en la tierra.

A menos que no tengáis un arranque de buen juicio colectivo y os apartéis en masa de vuestra Santa Madre Iglesia. Bien mirado, nada perderíais aunque realmente hubiese otra vida y os condenárais por eso.

Aquí vivís en el Infierno por causa de ese cura; como no lo lleváis resignadamente, al Infierno ireis luego. Y si del de allá no podéis libraros ¿por qué no os libráis siquiera del de acá? Unos cuantos años de vida tranquila es vida.

La fe en los talones

Llegaron á Barcelona 200 católicos procedentes de Lourdes y Roma, presididos por

el arzobispo de Sevilla y acompañados del obispo de León. En Roma ofrecieron sus vidas al Papa para salvar la fe.

A las cuatro y media de la tarde reuniéronse tan valerosos creyentes en el Santuario de San José de la Montaña, y ya al terminar el acto religioso, ocurriose á un fotógrafo sacar una placa al magnesio.

Oír el estallido, ver la humareda, y comenzar los gritos, los loriquesos y las carreras todo fué uno. Un héroe de los que quieren salvar al Papa cayendo aquí; otro dando un topetazo en una pila de agua bendita; éste abandonando el caído sombrero; aquél quejándose de un pisotón en un piadoso callo...

Un cura desganitándose: «¡No correr! ¡Es el magnesio! ¡Viva la Virgen! ¡El magnesio! ¿Qué sería el magnesio? ¿Algún nuevo explosivo?»

Otro desde el púlpito: «¡Valientes soldados de la fe! ¡Quietos, quietos! ¡No es nada!..»

Por fin, y al cabo de un buen rato, se apaciguaron, aunque no del todo. ¡Infeliz del que en aquel instante le hubiera recordado la serenidad de los mártires del Circo! Lo acocean y le muerden.

La fe cristiana se ha trasladado en estos tiempos desde el corazón á los talones. ¡Y á juir tocan en cuanto un mosquito estornuda! ¡Lo que me divierte todo esto!

MALA SOMBRA

Menuda trapatista armó cierto lego en Nápoles uno de estos días.

Salió á pasear con un seminarista, no sé por qué ni para qué, y cuando se cansaron les dió por subir en un tranvía, como si fueran personas.

De pronto, una ráfaga de aire anticlerical se llevó el sombrero que tenía en la cabeza el aprendiz de cura. Saltó éste como un payaso y quedóse en tierra como el capitán Araña, dejando embarcado á su congénere.

El lego mandó al conductor que parase el coche; el conductor dijo que el símbolo del progreso no se detiene por un seminarista; el lego se puso hecho una furia; el conductor, creyendo que el lego era un bulto lleno de polvo, se lo sacudió con una manivela; el hermanito comenzó á gritar, y quitando el sable á un coronel de artillería, dió una estocada á un perro; el perro, que llevaba una cesta llena de platos recién comprados por cierta institutriz, arrojó con toda la platería convirtiéndola en añicos, mordió al conductor del tranvía, derribó á la institutriz y cayó muerto.

Dice un refrán que muerto el perro, se acabó la rabia. Pero la rabia inoculada por un lego no tiene fin. Salió á escape el conductor como un loco; el hermanito le siguió con el sable, deseando hacerle una caricia; el coronel iba detrás pidiendo su arma; la gente se detenía en la calle, asomándose á los balcones... Por fin corrió todo el mundo, atropellándose; se cerraron las puertas con estrépito, como en días de revolución, y Nápoles estuvo veinticuatro horas entre la vida y la muerte.

Todo por un lego. Si llega á ser un obispo, ya no existirían Nápoles ni el Vesubio.

Sección de consultas

De la casa de un párroco de Lalín salen diariamente cánticos alegres y más que alegres, entonados por toda aquella familia de esponjas, llamada así por lo mucho que bebe, compuesta de unos tíos y un hermano del ministro del Señor ¿le parece á usted bien esto?

—¿Y por qué no? El hijo del santo rey David dijo que el vino es la alegría del corazón; el corazón que está alegre se alborozza, y una vez alborozado, se manifiesta en esta ó aquella forma... Si en la casa de ese buen párroco elijen la de cantar ¿qué mal hay en ello? ¿Que los cantares son *non sanctos*. ¿Pues como quería usted que fuesen? Estaría bonito que cantarán esto ó cosa parecida:

Altísimo señor
que supiste juntar
á un tiempo en el altar
ser cordero y pastor.

Vaya, amigo; déjese de cavilaciones y que esa mística familia cante hasta reventar. Amén.

Un lector me dice si me he fijado en que los frailes, cuando llega cualquiera á su convento, lo saludan invariablemente con un: *¿qué trae usted por aquí?* sin emplear nunca otra fórmula.

No lo sé, porque no he entrado todavía en ningún convento, y creo que si entrase alguna vez sería para algo tan claro y tan comprensible, que no necesitarían los frailes preguntarme si les llevaba algo. Pero me explico la manera con que saludan á los que van. Tantos siglos de ver entrar en sus guaridas á gentes con las manos ocupadas, los han acostumbrado á interrogar en esa forma á todo el que asoma por ellas. Esto aparte de que el pedir es proverbial en ellos, como lo acredita el dicho vulgar y antiguo de decirle á todo el que pide con frecuencia: «Parece que te ha hecho la boca un fraile.»

UN INOCENTE

El 18 de Septiembre de 1907 ocurrió en Caldas de Reyes un hecho que relataron los periódicos de Madrid y provincias en el estilo peculiar á cada uno. *Tierra Gallega*, de la Coruña, lo refirió de este modo:

«EN CALDAS DE REYES

AVENTURAS NOCTURNAS

Ó LO QUE NO PUEDE DECIRSE

A guisa de prólogo.

Pues señor, á eso de la diez de la mañana del día 18 del corriente llegó á la histórica villa de Caldas de Reyes, en la provincia de Pontevedra, el Hermano José, lego del Colegio de la Inmaculada Concepción establecido en Toledo y dedicado á la protección y amparo de los niños pobres y huérfanos.

Procedía el Hermano José del Grove, la Toja, Cambados, Villagarcía y otros pueblos comarcanos, y le acompañaba uno de los acogidos en el establecimiento de referencia, niño de trece años.

El lego y su acompañante se dedicaban á la lucrativa tarea de solicitar recursos de la caridad pública, para atender al sostenimiento del Colegio de referencia.

De cómo Lucifer no descansa y tienta con preferencia á los elegidos del Señor.

Hospedáronse ambos postulantes en una posada de la calle de la Rúa Vieja, cuya propietaria es una honrada y laboriosa mujer.

Esta notó, cuando se habían recogido el lego y su acompañante, que del cuarto que ambos ocupaban salían unos ruidos asaz sospechosos, y andando de puntillas se aproximó para observar lo que pasaba.

No pudo lograrlo, porque la cerradura de la puerta y todos los intersticios de la misma estaban cuidadosamente tapados con papeles y trapos, como después se vió.

Poco se precisa para excitar la curiosidad de una mujer, y aquello era más que suficiente para que se apoderase de la buena posadera el más decidido empeño de saber lo que ocurría.

Así, pues, siguió en acecho, y por una rendija providencial que existe en uno de los tabiques del cuarto, vió una cosa extraña, alarmantísima y abominable que en forma alguna es posible narrar, porque se resiste vigorosamente contra todos los circunloquios y eufemismos habidos y por haber.

La pobre posadera se santiguó dos ó tres veces y fué á llamar muy quedito á otra mujer que en su casa se hospedaba, la cual también observó con el consiguiente estupor la segunda parte de la escena, porque desde la primera inspección ocular había cambiado la película...

En que se trata de cómo en el mundo todo se descubre, y el ojo de la Providencia vela siempre.

El mismo día la posadera notificó al Hermano José y su acompañante la orden de abandonar la casa.

Lo ocurrido llegó á conocimiento de un pariente de la dueña de la casa, y no tardó en divulgarse por el pueblo, originando un principio de motín al que puso fin la oportuna intervención de las autoridades, quienes ordenaron la detención del Hermano José, el cual dió con sus seráficos huesos en la cárcel.

Un inventario curioso y edificante.

Al entrar en su nuevo domicilio el lego de esta verídica historia fué, como es natural, registrado, y se le encontraron 1.600 y pico de pesetas en papel moneda y plata. Además llevaba una cartera de bolsillo que contenía sus documentos de identidad y una edificante colección de estampitas religiosas, entre las cuales deslizo sin duda el *Enemigo Malo* dos láminas de perfecta y luminosa pornografía y el retrato de un joven bastante agraciado, con una dedicatoria de inflamable erotismo.

En Caldas de Reyes tienen un juez como Dios manda.

Si el Hermano José hubiera caído en otra parte, es seguro que á estas fechas seguiría por esos pueblos llenando su bolsa y haciendo lo demás. Pero en Caldas de Reyes, por las trazas, tienen UN JUEZ.

Este señor abrió sumario, y por providencia elevó á prisión la detención del lego, decretándola sin fianza.

El Hermano José declaró llamarse en el siglo, Manuel María Gómez.

Moraleja.

Este edificante suceso tiene una moraleja. O mejor dicho, carece de ella. En todo caso tendrá... ¡inmoraleja.

El relato estaba hecho con pulcritud, dado lo escabroso del asunto. Y con gracia. Hay que reconocerlo. Con mucha gracia. Y parecía verdadero. Muy verdadero.

Pues bien; á pesar de lo verdadero, lo pulcro y lo gracioso, el día 12 del pasado se celebró en Pontevedra la vista de la causa, y el Jurado absolvió al hermano José, lo cual prueba que no debe darse crédito ni aun á lo que parece completamente demostrado.

Los que estaban convencidos de la culpabilidad del Hermano, dicen ahora que han

influido para que sea absuelto una marquesa y unas señoras del Patronato Católico, lo cual no puede ser cierto; en primer lugar, porque la índole del hecho atribuido al Hermano no es de los que pueden despertar simpatías en las señoras; y en segundo, porque han variado mucho los tiempos desde que Manuel del Palacio escribió aquello de

Si quieres matar á un hombre
y que el Jurado te absuelva,
cógete el tren de Galicia
y márchate á Pontevedra.

Bajen, pues, la cabeza ante la autoridad de la cosa juzgada los que hubieran deseado que condenaran al Hermano José, y renegemos todos de la *Mala Prensa*, que da patente de verdad á los mayores absurdos.

Y nunca vi absurdo mayor que el de suponer capaz á un fraile ó un Hermano de realizar un hecho tan asqueroso. Que se me cite un sólo caso ocurrido desde que hay Hermanos y hay frailes.

Sección amena

Agradecería á mis lectores que me relatasen los cuentos que superaran de curas, frailes, beatos y demás gente ordinaria, para publicarlos en esta sección. No cuantos sepan, claro es; son casi todos los suyos que se rozan con el sexto mandamiento tan groseros los unos, tan picantes los otros, que no pueden referirse sino en las sacristías ó en los claustros y huertas de los conventos; pero, en fin, aquellos que puedan pasar buenamente.

Y además de los cuentos, todos los chascarrillos y frases de curas y frailes, ó referentes á ellos, que tengan gracia, intención ó contribuyan á difundir entre las gentes la idea de lo desinteresados, humildes, sobrios, caritativos, castos y mansos que son.

Estamos en época de fiebre propagandista, y conviene que cada cual esgrima el arma á propósito para triunfar. Ellos las del insulto y la calumnia; nosotros las de la ironía y el ridículo.

Abro, pues, la sección con el siguiente:

Cabrito á escote

Había en Santoña un cura acreditado de gloton, de esos que andan siempre oliendo donde guisan.

Iba por el campo una tarde, y encontráse con unos cuantos mozos que estaban comiéndose alegremente un cabrito.

Acercóse mi cura á ellos, y

—Buenas tardes—les dijo;—parece que hay ganillas. La verdad es que echa un olorillo el guiso...

Los mozos no se dieron por aludidos.

—Si no fuera porque no habrá bastante para todos, le metería mano á una tajadilla. No he tomado nada desde el medio día. (Eran las dos de la tarde.)

Ante esto, no tuvieron más remedio que decirle:

—Si usted gusta, señor cura... A escote nada es caro.

—No, no quiero haceros mal tercio... Pero ya que os empeñáis... Con la condición de que ha de ser á escote, ¿gestamos?

Y se avalanzó sobre la cazuela con tan buena voluntad y desenvoltura, que los mozos se miraron consternados, como diciéndose: «aquí acabó el cabrito.» Y así fué.

Al poco tiempo no se veía otra mano en la cazuela que la del cura, bruñéndola con los trozos del pan que le quedaba.

Acabado el festín, se separaron. Por algo se dice: el pan comido y la compañía deshecha.

Antes de separarse echaron la cuenta del gasto, y satisfizo cada cual la parte que le correspondía, excepto el cura, que por casualidad no llevaba sueldo.

Pasó una semana, dos, un mes, otro, y el ministro de Dios sin cicatrizar la herida. Nadie se atrevía á decirle nada, hasta que uno de los mozos dijo:

—Yo me encargo de pedirle su parte.

Al día siguiente estaba postrado el mozo ante el cura al pie del confesonario. Después de haber sorteado los vericuetos y precipicios del sexto mandamiento,

—Padre—exclamó,—No me atrevo á confesarle un pecado que cae bajo el séptimo.

—Habla, hombre, habla; la misericordia de Dios es infinita.

—Un día robamos varios amigos un cabrito en una majada...

—¡Oh! Eso es grave... Sigue, sigue...

—Lo guisamos, nos lo comimos, pagamos á escote el gasto del pan y el vino...

—Pues hay que devolverle al dueño el importe. El pecado de robo no puede perdonarse sin restituir lo robado.

—El caso es que como éramos tantos...

—Que ponga cada uno la parte que le corresponde... No hay otro remedio. ¿Cuánto valdría el cabrito?

—Unas quince pesetas, próximamente.

—¿Y cuántos érais?

—Creo que diez.

—Quince entre diez... Cuenta justa... A peseta cincuenta céntimos cada uno. A pagarlo...

—A pagarlo. De lo contrario no hay absolución.

—¿Y si alguno se niega?

—Irás al infierno derecho. Ya te lo he dicho. Ni te absuelvo, ni absolveré á ninguno

de los que comieron el animalito robado. En esto no transigiría ni con mi padre.

—El caso es...

—No sé cómo decirle á usted...

—Di lo que quieras. Pero hay que pagar. Tú y todos los que comieron.

—¿Recuerda usted, señor cura, de una tarde que estábamos en el campo, pasó usted, lo convidamos, nos ayudó, y...

—¿Qué, qué! Acaba.

—Pues, nada; que aquel era el cabrito robado.

—¿Cómo!... ¿Aquél? ¿Y dices que valía quince pesetas? ¿Pues no eres tú nadie tasando cabritos! ¿Ni dos y media hubiera dado yo por él! ¿Vaya una manera de exagerar! Pero, en fin, pongámosle dos pesetas. Tocamos cada uno á 25 céntimos... Págalos por mí, que no traigo sueldo. Y *ego te absolvo*. ¡Qué barbaridad! ¡Quince pesetas!

Un pobre diablo se apoderó en Dagur (Gerona) de cuatro gallinas, y era tanta su hambre, que sin condimento alguno comenzó á devorar una de ellas. Había engullido la mitad cuando lo sorprendieron y apresaron. Se ha visto el proceso hace pocos días. El fiscal pedía para el culpable un año de cárcel por cada gallina, mas la pena quedó reducida á cuatro meses.

Y en dietas á jurados y testigos, este proceso ha costado unas 400 pesetas.

Esto lleva á esta conclusión: los ladrones son necesarios para el funcionamiento de la maquinaria social. Si ese no roba las gallinas, esas 100 pesetas no se hubieran distribuido entre unos cuantos.

Y apuntada esta idea, sólo me resta rogar á ese desgraciado que me perdone por haberle llamado ladrón.

Miscelánea

Estimados compañeros de la *Luz Verde* de Plasencia:

El Manuel Revilla de que hablé en el número anterior, no me dijo qué periódico le había echado en cara que escribiese en *El Motín*, y supuse que sería uno clerical.

Ahora resulta que ha sido ese que ustedes redactan, y que lo hizo por que el tal Revilla, después de haberse llamado antireligioso y anticlerical, como hoy el pan y la sal con los clérigos mirando á pingües ofrecimientos.

Pues me alegro saberlo, para que cada uno quede en el lugar que le corresponde, y ese apostatilla en el suyo: en el que atrae el desprecio y el asco de todas las personas decentes. Y véase por donde ese insignificante que se dirigió á mí para halagar á los cléricales de Plasencia, queda ahora ante la opinión de toda España como un buscavidas despreciable.

Me es imposible contestar á todas las cartas que he recibido de empleados de Penales, felicitándome por el artículo que publiqué hace días en *El País*.

Doy las gracias á todos por lo que me dicen, y les ofrezco insistir en el tema, hasta que otros periódicos acojan la idea y trabajen por esta obra de justicia.

Manejo de flores místicas

Durante la semana última se fugaron de sus casas dos jóvenes de Gandía en busca de aventuras religiosas; la una tiene veintiocho años y la otra diecinueve. Se ignora en qué Asilo ó convento están.

Si sus padres han tenido la culpa por consentirles tratar con jesuitas ¡qué remordimientos ten írán ahora!

Vuelvo á mi manía. Lo primero que debe hacer el pueblo el día que disponga libremente de sus destinos, es abrir de par en par las puertas de los conventos. Y la monja que quiera salir por su propia voluntad, que salga. Y la que quiera quedarse, que salga también.

La libertad no puede autorizar el suicidio lento.

Un carmelita calzado que iba en una procesión el día 25 del mes anterior en Osuna, se lució insultando á todo bicho viviente, en la calle lo mismo que en la iglesia.

El león que se dejase insultar por un asno, me inspiraría el mismo desprecio que esos insultados de Osuna, y los que, viéndolos insultar, no respondieron como debían.

Correspondencia administrativa

En la imposibilidad de contestar individualmente á los muchos suscriptores que nos preguntan la forma de remitir el importe de su suscripción, les advertimos que en aquellos puntos donde no sea posible valerse del Giro Mutuo ó de otro medio análogo, pueden enviar sellos de franqueo de quince céntimos, ó sobre monedero, si se trata de cantidad que lo merezca.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

La indignación acumulada por tanto tiempo en todas partes estalló al fin, y aquella justicia que esperaba en vano ejecutores, y que necesitó para cumplirse las ferocidades que soliviantaron la conciencia nacional, se cumplió al fin, y á Reus y Barcelona siguieron Sabadell, Mataró, Riudoms, San Cucufate del Vallés, Murtra, Arenys, Igualada, Montalegre y otros cuya enumeración sería prolija, donde el carlismo tenía en los conventos su centro y su más segura guarida.

Los siguientes párrafos de la proclama dirigida en aquellos días á los catalanes, al ejército y á la milicia, revelan elocuentemente la verdadera situación:

«La expulsión de los frailes la consintieron y aprobaron todos los amantes de la libertad: el voto de Barcelona está pronunciado; que no vuelvan los frailes, pero que no haya desórdenes; que sigan la tranquilidad y el sosiego.»

Acerca de la supresión de las comunidades religiosas, es de mucha autoridad la opinión de un historiador tan poco radical como Pírala, el cual juzga de este modo aquel acontecimiento:

«El haber servido al principio de la guerra algunos conventos para la fabricación de municiones y de asilo á los carlistas; el haber promovido tan directa y eficazmente, como el de Capuchinos de Bilbao y otros, la lucha civil, y los auxilios que muchos prestaban á los rebeldes, previnieron en contra de todos al partido liberal, al que eran evidentemente desafectos. Veía el país que multitud de frailes habían abandonado aquellos asilos de paz por el campamento, y trocado el sayal del religioso por el uniforme, la cruz por el fusil, esparciendo por doquier en nombre de un Dios de paz y amor, á quien ofendían, la desolación y el espanto.

«Consideráseles justamente por esto como enemigos, y enemigos temibles, porque eran ricos y por consiguiente poderosos. Sin estos motivos, la oposición que mostraban las comunidades á un orden de cosas que limitaba su poderío, tan pernicioso en la relajación de los institutos monásticos, como ajeno á su índole, y su ojeriza á las innovaciones, les hicieron incompatibles con la época, de que eran á la verdad un anacronismo... Impotentes ya para el bien que en los primeros tiempos habían producido, de suyo desacreditados, ellos mismos pronunciaron su sentencia. No podían subsistir y no subsistieron.»

Otra prueba más de que sólo por su intervención en la guerra se vieron despojados de sus conventos.

La Junta provisional instalada en Zaragoza dirigió á María Cristina una exposición en 11 de Agosto de 1835; á ella pertenecen estos párrafos:

«Para que un pueblo religioso hasta la superstición, decía la Junta, llegue á clavar el puñal en el seno de los cenobitas que veinte años ha era objeto casi de su culto, causa poderosísima ha de haber sobrevenido. Esta causa es indudablemente la conducta del clero, sobre todo el regular, en la sangrienta reacción de 1823. Entonces fué cuando esta porción de la sociedad que debiera mirarse como escogida, en atención á su augusta ministerio, atrajo sobre su desafortunada patria la mas inicua de las invasiones extranjeras, concitó la ferocidad de los proletarios contra las clases acomodadas, trató de sofocar las luces, y erigiendo en principio el retroceso del pueblo español á la barbarie de la Edad Media, creó un gobierno que redujo á sistema la persecución más feroz hacia todos los hombres de alguna valía. Las destituciones, las cárceles, el destierro, las ignominiosas cadenas y el patíbulo, en fin, fueron durante nueve años el amargo patrimonio de los buenos españoles.»

«El bando liberticida, lejos de apreciar la noble conducta de los que poco antes habían sido sus víctimas, alzó la enseña de la traición en las provincias del Norte.»

«Ahora bien, señora; los zaragozanos, los honrados y valientes zaragozanos, cuyo denodado arrojo y sin par constancia hicieron temblar á las huestes del capitán del siglo, ¿serán hoy, por ventura, cobardes asesinos, viles incendiarios? No; son los mismos que ha 27 años conquistaron el tributo de la admiración del mundo; pero fuerza es decirlo, el despocho contra los institutos monacales y contra todos los fautores del carlismo, es la verdadera causa de su indiferencia hacia crímenes que realmente detestan en el fondo

de su corazón y de su antipatía cuando se les exige una oposición eficaz á ellos.»

Otra prueba.

El secretario de Gracia y Justicia, en la sesión de 18 de Abril de 1835, dijo:

«El gobierno siente tener que decir que en las secretarías del Despacho existen muchas instancias de religiosas pidiendo, ya por un motivo, ya por otro (y me abstengo de anunciarlos porque acaso lastimaría los oídos de los individuos del Estamento) que se les abriesen las puertas de los conventos. Y el gobierno, no sólo recibía estas súplicas, sino que al mismo tiempo nuevas acusaciones análogas á las de los conventos de religiosos, en que se manifestaba que abusándose no pocas veces de la candidez de aquéllas, los enemigos del Estado se valían de sus casas para fraguar conspiraciones ó para proporcionar asilo á los criminales, de lo que desgraciadamente podrían citarse algunos casos bien conocidos.»

Y como las anteriores, pudieranse acumular millares de pruebas.

Y en último caso, ¿de qué se quejan los frailes y los miserables que los defienden?

Ojo por ojo, diente por diente. La historia enseña muchas cosas. Los amigos de los frailes, para presentar como dignos de compasión á los que habían perecido víctimas de las justas iras populares, achacaron la causa de la matanza á la invención popular de que habían envenenado las aguas.

Aun siendo así, que no fué, se cumplió en ellos la sentencia del Evangelio. Con ese mismo pretexto, y propalado por la clerecía, mataron y quemaron los católicos de Francia á los judíos en 1349.

Como he dicho, los curas y los frailes fueron los que prepararon, impulsaron y auxiliaron al carlismo; pero como no hay mal que por bien no venga, ellos mismos impidieron con sus feroces intransigencias que triunfase. Si; los que rodeaban á don Carlos fueron la causa principal de las perturbaciones del campo carlista y de que se impusiera el convento de Vergara.

Hablen ahora autoridades irrecusables para demostrar á quiénes se debió la guerra.

Espoz y Mina dirigió en Febrero de 1836 una circular á los diocesanos de Cataluña, en la que se hacía eco del sentimiento general acerca de la participación del clero en la guerra. En ella decía:

«Bien conocida es de todos la influencia que no pocos individuos del clero han ejercido en el desarrollo de tantas calamidades, en vez de emplear, como debieran, todos los medios que les presta su sagrado ministerio para la conservación del orden público. Por tanto, creo oportuno dirigirme á usted, al efecto de que en estos momentos preciosos, en que se va consolidando la tranquilidad, emplee con eficacia las medidas que caben en el círculo de su jurisdicción, prescribiendo desde luego la más exacta observancia á los reales decretos, etc.»

«Me consta que en algunos pueblos se hallan desempeñando curatos y otras prebendas eclesiásticas individuos que durante los pasados trastornos han puesto en resorte los cábalas y artificios de la más perversa sugestión para aumentar las filas de los rebeldes.»

«El prestigio de tales eclesiásticos en sus feligresías no puede menos de ser un obstáculo muy poderoso al sólido restablecimiento de la tranquilidad, pues sus amonestaciones en favor del orden y del gobierno legítimo se mirarán como un engaño ó solapado artificio por los que lo han defendido con las armas en la mano, al paso que las familias que han sido víctimas de la sugestión de depravados consejos del eclesiástico infidente, contemplarán en éste al autor de sus infortunios, y la sana moralidad de los pueblos desaparecerá por causa de tan imprescindible irritación de los ánimos.»

«Se hace imprescindible la renovación de los curas párrocos y demás eclesiásticos que en sus respectivas feligresías han extraviado la opinión por cualquier medio que sea, reemplazándolos con otros que á su aptitud reúnan el concepto de adhesión al legítimo gobierno, sobre cuyo punto no habrá motivo que pueda eximir á usted de la más severa responsabilidad.»

«El odio y el horror á la Constitución se predicó en los pulpitos, en el confesonario y en el seno de las familias cual texto evangélico»

(Continuará.)

Imp. de T. Rey. Alberto Aguilera, 8